

Recensiones

Francisco Leocata, *Situación y perspectivas de la filosofía moral actual*, Buenos Aires, Don Bosco, 2017, 258 pp., ISBN 978-950-514-811-0.

Este nuevo libro de Francisco Leocata se suma a su fecunda producción filosófica entre la que se encuentran las siguientes obras: *Del iluminismo a nuestros días* (Buenos Aires: Don Bosco, 1979); *Las ideas filosóficas en la Argentina* (Buenos Aires: Don Bosco, 1993); *El problema moral en el siglo de las Luces* (Buenos Aires: EDUCA, 1993); *Persona Lenguaje y realidad* (Buenos Aires: EDUCA, 2003); *Los caminos de la filosofía en la Argentina* (Buenos Aires: CESBA, 2004); *Estudios sobre fenomenología de la praxis* (Buenos Aires: CESBA, 2007); *Filosofía y ciencias humanas. Hacia un nuevo diálogo interdisciplinario* (Buenos Aires: EDUCA, 2010); *La vertiente bifurcada. La primera Modernidad y la Ilustración* (Buenos Aires: EDUCA, 2013).

En esta nueva obra Leocata se detiene en la situación actual de la moral y realiza un especial llamado a la persona a despertar; a repensar la importancia de la ética; a la toma de conciencia de que detrás de lo que parece ser un necesario e inmovible espíritu de la época se adivina una constelación de pensamientos, de tomas de postura, de ciertos modos de interpretar la vida que amenazan con destruirla.

La obra se abre con un diagnóstico que pone una lente de aumento sobre los elementos oscuros de nuestra cultura. Alerta sobre una situación generalizada de disolución, de la conciencia moral y de los postulados, para hablar con la terminología kantiana, que la sostienen: disolución de la libertad, del sujeto, de la apertura a la trascendencia que se evapora frente a una tenaz voluntad de inmanencia. Y por supuesto también una disolución de los imperativos, de la percepción de lo valioso en sí y de las jerarquías.

El espejo de la cultura nos devuelve la imagen de un ser humano fantasmal, que rehúsa la autorreflexión y se sumerge en una dimensión superficialmente estética de la vida, abocado a la conquista de placeres efímeros, multiplicados y facilitados por la oferta del mercado y la técnica. Hedonismo *a la carta* que no teme descansar en el gozo del instante y que

a la vez insiste en prolongar los instantes de vida lo más que se pueda. Que pone gran parte de sus energías en el cuidado del cuerpo como un fetiche. Que se siente libre en la expansión de los impulsos no mediada por la razón. Y que, por esto mismo, sucumbe en una terrible trampa: la espontaneidad acrítica termina por tornarlo vulnerable a los intereses del mercado, a la seducción del consumo, se ve envuelto en una red de fines económicos y políticos que en definitiva no ha elegido, porque ya no elige realmente nada. Fuerzas que lo atraviesan e hipertrofian su egoísmo y su capacidad de violencia, solo mitigados de tanto en tanto por una espasmódica filantropía *light* que intenta sin demasiado interés emparchar una realidad en la que los bolsones de injusticia y pobreza se dilatan.

Eliminar la moral o en el mejor de los casos relegarla a un pobre rincón de nuestra existencia se traduce en el abaratamiento y destrucción de la vida. Deshacerse del pensamiento que orienta la acción equivale a una mutilación de la vida.

En este sentido, el nuevo libro de Francisco Leocata puede pensarse como una reformulación de la alternativa bíblica: “Puse ante ti la vida y la muerte” (Dt 30,19). Y la reformulación se opera en la mirada sobre la ética que se apura a declarar la urgencia de un imperativo: desterrar la falsa creencia que se instala por todos lados acerca de que la moral es opuesta a la vida.

La génesis histórica. Nuestra época es un punto de llegada de la verdadera revolución cultural que significó la Ilustración, a la que Leocata considera una suerte de “padre de occidente”. La Ilustración y su voluntad de inmanencia ejercen hasta hoy una enorme influencia, comparable a la que ejerció el cristianismo en siglos pasados. Destaca de esta línea de pensamiento basándose en numerosos autores, su predilección por la ciencia en rechazo de la religión y la metafísica, íntimamente vinculado a su rechazo a la autoridad y los límites, a su espíritu de rebeldía, que cristaliza en su vocación política, su defensa de la autonomía, de la libertad “de coacción” en variadas formas, conservando también algunos motivos estoicos y epicúreos.

Leocata por otro lado, rescata con énfasis del pensamiento moderno la centralidad de la idea de sujeto. El “sujeto” ocupa todavía allí un importante lugar protagónico. Pero el impulso de disolución se radicaliza cuando en la filosofía contemporánea se suma a la herencia ilustrada un proceso de socavamiento del sujeto. Contribuyen a esto: Martin Heidegger y la *french theory* –Michel Foucault, Jacques Derrida, Gilles Deleuze, Jean

Baudrillard- la filosofía analítica, el fisicalismo, biologisimo, etc. Quienes lejos de liberarlo, tornan la debilidad del sujeto funcional a los intereses de la producción y el consumo, como lo han advertido entre otros Zygmunt Bauman y los autores de la Escuela de Frankfurt. El padre de occidente ha dado a luz un hombre movido por fuerzas que no controla, poco comprometido, que se deja arrastrar acriticamente por la oleada esteticista y lo paradójico de esta situación es que aun así se cree libre.

Este peligro tuvo sus profetas. Leocata señala dos: Kierkegaard quien advirtió sobre la importancia de rescatar al individuo y la gravedad del libre albedrío, frente a la falsedad de su disolución en la totalidad y la necesidad del devenir que instalaba el idealismo. Nietzsche quien, contra Kant, Platón y el cristianismo propuso dinamitar la ley, el bien, los valores, la ética, lo Sagrado. Alentó al ser humano a la cruzada épica del superhombre, pero la metamorfosis de su legado generó violencia y terminó por promover seres mediocres, fofos, manipulables, aburridos en el crepúsculo del deber, siempre a la caza de un instante de placer para sus instintos liberados.

Leocata nos enfrenta a la realidad de una nueva barbarie que se levanta desde el horizonte de la neoilustración globalizada. Muy lejos ahora de la ansiada liberación. Nos hemos enredado en la confusión. Necesitamos una nueva *paideia*: "La tierra no quiere ser amada como un dios de barro" (p. 25).

Hace falta devolver a la reflexión su poder de transfiguración de lo real y reconocer la situación actual como algo que no proviene de la necesidad sino del pensamiento y la libertad. La filosofía, en particular la antropología, metafísica, ética se ponen al servicio de la vida dañada. Este es el trabajo que se propone Leocata y lo lleva a cabo desde una tradición de pensamiento a la que revitaliza.

Los principales temas sobre los que gira su interesante propuesta son: los valores, la persona, la corporeidad, la ley, la virtud, la filosofía del encuentro y la apertura a trascendencia. Nos referiremos brevemente a ellos.

¿Qué es el hombre?, pregunta Leocata. Y se responde: Un ser capaz de libertad de libre albedrío. De libertad "de" y "para". Capaz de plasmarse a sí mismo como afirma Pico della Mirándola en su conocida *Oratio hominis dignitate*.

Pero para entender la inmensa riqueza y riesgo de la libertad hay que recuperar una reflexión amplia y responsable sobre el hombre. Tomarnos en serio nuestra capacidad de comprensión.

¿Por dónde empezar? Leocata comienza por la cuestión de los valores y se reconoce deudor de una larga serie de autores: Antonio Rosmini, Charles Renouvier, el neokantismo, Max Scheler, Edmund Husserl, Nicolai Hartmann, Louis Lavelle.

Pero su abordaje es especialmente inteligente. No parte de una definición abstracta. Empeña el tema de los valores comenzando por una descripción de la vida. La filosofía se dispone a interpretar la vida: “la vida es sentida antes de la formulación de cualquier lógica: es la experiencia originaria en la que somos y comprendemos”, “lo viviente humano esboza un sentir primordial al inicio no consciente de sí que le permite en las etapas más elevadas mayor integración de lo percibido y mayor apertura y complejidad en sus horizontes” (p. 209). La vida personal es viviente, sintiente, pensante: *esse, vivere, intelligere*. El pensamiento es una modalidad intensa de la vida. La vida no excluye la racionalidad. Es ese un prejuicio injustificado. La persona se abre al mundo desde su intencionalidad noética, axiológica y práctica y se reconoce inmersa en un ‘estado de cosas’ (*Sachverhalten*). “La realidad es la actualidad de entes que participan del ser en distintas esencias y que se encuentran reunidos por relaciones intra e inter-esenciales que suscitan un específico interés vital para quien las percibe” (p. 113). En ese contexto se manifiestan los valores. “Los valores son cualidades o propiedades presentes en las cosas mismas, que tienen la peculiaridad de despertar el interés vital de la persona ya sea para estimularla en alguna perfección, ya para darle un sentido de plenitud” (p. 98). El ser humano en su encuentro con el mundo despierta a distintas necesidades. Desde el punto de vista ético puede sentirse llamado a corregir, denunciar lo inhumano, aspirar a una situación mejor, proyectar iniciativas. “El ser humano tiene capacidad de ideación” (p. 110).

La ética de los valores reviste una modalidad más amplia que la de los bienes sin ser contradictoria con ella. Toca no sólo lo real sino lo posible. Apunta los nexos que traspasando las fronteras de cada realidad determinada abren a un horizonte más amplio o posibilidades variadas de disponer de las cosas con la intencionalidad propia de la dimensión axiológica preparando para el paso a la praxis. Elegimos, afirma Leocata, más que entre el bien y el mal entre tipos de relaciones en las que directa o indirectamente están comprometidas las personas. Dar el salario justo,

tener compasión por el que sufre, colaborar en iniciativas para combatir el hambre, la miseria, la ignorancia, son acciones dirigidas a cambiar la relación interesencial, o sea a encarnar, dar realidad a distintos vínculos interpersonales que antes de nuestra acción eran solo posibilidades.

Por esto defino a los valores, como relaciones mediadoras del encuentro interpersonal: tales relaciones se abren constantemente de lo real a lo ideal, o son encarnadas desde el ideal posible a lo real. En este sentido los valores dicen algo más que los bienes. [...] El valor puede ser apreciado, abrir un espacio para el acrecentamiento ulterior, ofrecer una posibilidad de cambio o encarnación en lo real interno a la misma persona o exterior: en otras personas o en las cosas. Es por eso que prefiero definir a los valores como relaciones de perfección (p. 99).

La persona tiene capacidad crítica, ideativa y de ejercer una praxis elevadora, que la conduzca a la encarnación del ideal: pasar del plano de la idealidad al de la realidad transfigurada.

La noción de bien y de la vida buena de la ética clásica es completada y vigorizada por su teoría de los valores pues supone una lectura en mayor medida realista de los resortes del dinamismo humano. La doctrina de los valores representa mejor la existencia humana como relacional. Destaca la dimensión noética, afectiva, motivacional, intersubjetiva. Permite superar la falsa visión de un sustancialismo esclerosado por la aseidad describiendo una realidad vital dinámica que posee una estructura estable, pero en desarrollo vinculante. Los valores, sostiene Leocata, son grados posibles de bien participados en la realidad misma. “La clave ha de buscarse en una mayor dilucidación entre idealidad y posibilidad que es la fuerza de la ontología aristotélica y que no se contradice con la platónica” (p. 242).

Hablar de valores no es abrir las puertas al relativismo. Leocata advierte con insistencia que su propuesta no se acerca ni al situacionismo ni al relativismo.

La elección entre relaciones perfectivas se efectúa al amparo de la prudencia o de una hermenéutica de la acción. Para actuar con libre albedrío la persona necesita orientarse. Hay en lo hondo de la naturaleza de la persona humana la exigencia de un ordenamiento propiamente objetivo que va guiando una vida moral bien lograda. “En el origen de los valores está el deseo (Lavelle)” (p. 118). La moral nace de la vida, no como su represora sino como su guía. Nace de un núcleo constitutivo de la persona, de su estructura

fundamental o naturaleza. A diferencia de la liberación destructiva de los instintos y la transmutación de los valores, Leocata propone la sumisión a una jerarquía de valores al servicio de la vida. La libertad tiene su “para qué”.

¿Dónde hallar esa jerarquía? La jerarquía se encuentra en la intimidad del ser. Pues la comprensión de los valores se apoya en un discernimiento de la persona y del ser. “La realidad no se evapora en lo abstracto si la vemos como la actualidad de entes unidos por la participación del acto de ser en las diversas esencias” (p. 148).

La persona humana participa del ser-acto de un modo más pleno e intenso, lo que le da la capacidad de abrir el conjunto de la esencia humana a un horizonte de mundo potencialmente inabarcable e “infinito” y la de retornar sobre sí misma mediante la autoconciencia y el amor (en el sentido de un impulso primigenio de valoración y aceptación de todo lo creado y en modo especial de las otras personas como semejantes) (p. 212).

Consentir al ser es consentir al orden del ser. La jerarquía de los valores se desprende de una noción de lo humano como complejidad corpóreo-anímico-espiritual. El orden de la persona es correlativo al orden de los valores (intelectuales, estéticos, morales, religiosos). Su vida se despliega en los distintos niveles de sus facultades y la mayor o menor elevación de su deseo, tomado éste en su sentido profundo. “Encontramos una superioridad de las facultades morales sobre los meros impulsos instintivos” (p. 199). En ellas la persona descubre su responsabilidad para con la vida como su íntima vocación. El cuidado de sí, de los otros y del mundo.

La noción de persona incluye por lo tanto la de orden y desde allí se fundamenta la jerarquía de los valores y la ley. La correlación entre la persona y los valores le quita rigidez al tema de la ley:

no hubiera podido darse lo que llamamos después de Kant un imperativo moral, si éste no hubiera estado preparado por una suerte de inclinación natural y en especial por el encuentro intersubjetivo, que une aspectos emocionales con ese sentido tan especial de saberse obligado *internamente* a seguir determinada conducta (p. 237).

Ese es el sentido genuino de la ley, el reconocimiento de una responsabilidad de cara a la vida: “Todos los mandamientos o leyes morales que a

menudo tienen lingüísticamente la forma de prohibiciones son en el fondo modos intersubjetivos de defender valores: la vida, la concordia, la propiedad, el trabajo, la familia, la atención a los necesitados" (p. 239).

Se hace referencia entonces, al tema de los valores, de la objetividad de los valores y la vigencia de la ley cuya apoyatura es el ser personal. El punto de partida es la persona y su experiencia vital, su natural apertura a los otros y al mundo que la interpelan desde numerosos ángulos y le piden una respuesta.

Sujeto y Persona. Aporte de las éticas del encuentro ¿Qué agrega el concepto de "persona" al moderno de "sujeto"? El concepto de persona apunta a un núcleo ontológico que va más allá de la instancia gnoseológica y autorreflexiva; hace referencia a la percepción y actuación de valores; a la conciencia del ser propio (horizonte interno) y del horizonte del mundo; alude a una vocación por el encuentro, a su apertura a la intersubjetividad.

Leocata reivindica también los valiosos aportes a la noción de persona de las éticas del encuentro que surgen en oposición al monismo y el positivismo. Franz Rosenzweig, Martin Buber, Edmund Husserl, Emmanuel Levinas:

Más que una corriente de pensamiento ético la ética del encuentro intersubjetivo es un poderoso llamado de atención sobre la esencia misma de la vida moral, que en el fondo no es otra cosa que el crecimiento conjunto de la condición humana personal en mí y en otro (p. 200). Hay una correspondencia profunda entre la afectividad que impregna los aspectos valorativos y la cumbre de la realización ética que es el amor concretizado en la aceptación y ayuda a la persona del prójimo pero que tiene como trasfondo ontológico el consentimiento al ser, o sea la devolución mediante la praxis al don de la vida y de la existencia (p. 168).

La cuestión de la intersubjetividad y las éticas del encuentro lo llevan a proponer la centralidad de la justicia: "el tema de la justicia es la cima de la ética de la intersubjetividad, aunque la plenitud de la misma se encuentra en el amor" (p. 225). La justicia se trasciende en el amor. Por otra parte, el hombre es incapaz de construir una justicia plena. Este es uno de los lugares donde Leocata encuentra una salida natural a la trascendencia.

Una ética de la virtud. La virtud entonces es el paso de la idealidad a la realidad, la encarnación del valor. La ética aristotélica de las virtudes se

enriquece con la teoría de los valores, el hincapié en la intersubjetividad y la ética del encuentro. La razón columna fundamental de esta ética, se afirma al servicio de la vida. La persona, el valor, la virtud y ley moral se entienden en ese dinamismo que los entrelaza:

La saludable invitación a la recuperación de la moral de las virtudes no debería disminuir la importancia de la ley. Los valores o relaciones de perfección son el puente que une ambos aspectos y también la fuente de su radicación en la realidad vista en su hondura ontológica (p. 243).

Estamos frente a una mirada sobre la ética que inicia en el pensamiento griego, continúa en el medioevo se vigoriza con numerosos aportes a lo largo de los siglos y llega a nuestros días, iluminando de modo más acertado la complejidad del ser humano.

La moral no se opone a la vida, sino que orienta a la persona a favor de la vida y en contra de su potencial de destrucción y mal. El ser humano tiene necesidad de la ética no sólo por motivos prácticos: sino “por la naturaleza misma de la vida elevada a conciencia de sí y de los otros” (p. 215).

Por otra parte, y como respuesta al diagnóstico inicial afirma Leocata: “Una actitud ‘virtuosa’ frente a la vida es el modo más adecuado para su gozo y disfrute pues no hay felicidad posible sin una comunicación y donación a la persona del otro” (p. 215).

Las metamorfosis del vitalismo posnietzscheano no pueden superar los límites de un hedonismo, aunque fuere estética y eróticamente refinado. No pueden comprender adecuadamente el sentido del encuentro, del don y son susceptibles de caer en la violencia. Resulta contradictorio defender tal hedonismo unido a una cuota de utilitarismo que se presenta en sus formas extremas como destructor de la moral y querer sostener por otra parte políticas de justicia que vayan más allá del contrato social basado en circunstancias y conveniencias mutuas como ya lo sugería Hume y mucho antes los sofistas griegos” (p. 221).

Finalmente, Leocata revaloriza la profunda intuición de Kant acerca de que el orden moral se abre a la trascendencia y esto es así por varios motivos.

En primer lugar, el carácter de creaturidad es fundamento de la creatividad, de la posibilidad de la plasmación de sí. Y en ese camino de realización reconocemos nuestros propios límites: como hombres y como determinados hombres. Límites que nos impulsan a mirar más allá de nosotros mismos en una apertura a lo religioso, hacia la Redención y la gracia. Contraria a esto:

La voluntad de inmanencia en el sentido de una negación dogmática de un “más allá” conduce por uno u otro camino, a la pérdida de la dignidad humana en la teoría y en la práctica y la hermandad e igualdad que predica se ve frustrada casi siempre por nuevos sistemas de opresión (p. 250).

Hay, sin embargo, en la cultura actual algo que consterna: “supuesto que ya no es posible pensar en un mundo totalmente religioso, puesto que la secularización ha dejado para el porvenir una marca tan relevante como el paso del cristianismo al principio de nuestra era” (p. 252). Asistimos actualmente a una situación de fragmentación que hace difícil restablecer una nueva *paideia* griega o cristiana. Pero podemos contribuir a una conversión intelectual que prepare la conversión moral. El ser humano necesita de una nueva *paideia* que lo oriente en mundo. Sigue siendo como un arquero que tiene un blanco. El esfuerzo de esta obra se orienta en esta dirección.

Quien se acerque a este libro aprenderá muchas cosas sobre la historia de la filosofía, sobre la ética, sobre los falsos y los genuinos anhelos del corazón humano, pero sobre todo aprenderá algo sobre sí mismo y se sentirá interpelado a ocupar un papel en esta historia.

Luego de haber leído esta obra uno no puede menos que volver a admirarse de la infatigable capacidad de lectura del Padre Leocata, de su captación penetrante, iluminación de los temas, incorporación de ideas en una síntesis personal y renovadora que a la vez que se mantiene apegada a sus fuentes principales, se reconoce deudora de toda la extensa tradición de la historia de la filosofía occidental, en la que se mueve con seguridad y maestría. Como un hábil sembrador recoge aquí y allá las semillas para una nueva siembra que anime y temple las posibilidades del hombre. Y es

precisamente por eso que el pensamiento de Leocata con su profunda carga de sentido histórico, se erige siempre como respuesta a las inquietudes de la época.

Leer las obras de Leocata es sumergirse en las corrientes vitales del pensamiento de la mano de un guía que nos revela las genuinas intenciones, los sentidos ocultos, que nos orienta y cuestiona. Uno no puede no sentirse agradecido. Nos abre puertas, alumbrando el camino desde el origen, nos invita a pensar.

Los intereses intelectuales del Padre Leocata son múltiples: el pensamiento argentino, la filosofía moderna, pero también la antigua, medieval, contemporánea, el lenguaje y la educación, la metafísica, ética, antropología y en todos ellos discierne, integra, traza puentes, prevé horizontes.

La presente obra reviste un especial interés para mí porque he sido por varios años adjunta suya en la Cátedra de Ética de la Carrera de Ciencias de la Educación de la UCA. Si bien el libro lleva por título *Situación y perspectivas de la filosofía moral*, luego de su lectura me inclino a pensar que la intención de fondo que moviliza a Leocata no es tanto teórica-filosófica cuanto su preocupación por el hombre concreto que habita nuestra cultura, por poner en evidencia las fuerzas a las que se encuentra sometido y que amenazan con amputarle dimensiones esenciales de su humanidad. La filosofía se pone *al servicio* de la vida.

Marisa Mosto
marisamosto@gmail.com